

catenamiento de los temas. Una exposición ágil, precisa, sugerente, justifica, con su sentido didáctico y orientador, esta presentación cuya finalidad, precisamente, no es abrumar con datos sino poner en su punto el enfoque y el contenido de esta rama de la geografía humana.

M. Z.

A. J. Montoya, *Historia de los saladeros argentinos*, Buenos Aires, Editorial Raigal (Col. Campo Argentino), 1956, 107 p.

Una ceñida y valiosa historia de los saladeros argentinos aporta este trabajo de Alfredo Montoya. Cronológicamente se avanza desde la aparición de la industria de las carnes saladas, durante la dominación española, hasta su desaparición a comienzos de este siglo.

En la iniciativa privada se encuentra el origen de los primeros establecimientos, desde el de Manuel Melián en el arroyo San Salvador (1780) y el saladero, ya mejor organizado, de Francisco Medina, cerca de la Colonia de Sacramento (1787). Cuba y Brasil constituyeron entonces —y siguieron siéndolo siempre—, los mercados estables de exportación de carnes saladas, destinadas sobre todo a la alimentación de los esclavos.

El libro relata luego las vicisitudes de esta actividad durante todo el siglo XIX, con el impulso que le dieron los primeros gobiernos patrios, la resistencia de los hacendados, su auge de mediados de siglo y su posterior erradicación del municipio de Buenos Aires. En el último cuarto de la centuria pasada, el aumento de los impuestos, la menor demanda de Brasil y Cuba, y el aumento de las exportaciones de ganado en pie, provocaron aguda decadencia. Finalmente, la consolidación de la industria frigorífica, a comienzos del siglo XX, le dio el golpe de gracia.

El autor ha manejado una documentación de primer orden y presenta algunos testimonios interesantes para otras facetas de la historia argentina. El todo representa un certero panorama de una actividad situada en esa línea que ha conferido su sello peculiar al campo argentino.

M. Z.